

JESUCRISTO

CRISTOLOGÍA

Dios el Padre, por Su propia voluntad y por Su amor a la humanidad, envió a Su Hijo Jesucristo al mundo, a reconciliar a los pecadores con Dios. Jesucristo fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de una virgen. Él es Dios hecho carne, siendo verdadero Dios y verdadero hombre a la vez.

Jesucristo vivió una vida sin cometer pecado alguno y voluntariamente sufrió y murió crucificado como nuestro sustituto para pagar la condena de nuestros pecados. Esto satisfizo la justicia de Dios, permitiendo así la salvación de todo aquel que confía solamente en Él. Resucitó de entre los muertos, con el mismo cuerpo –pero ahora glorificado– con el cual vivió y murió. Ascendió corporalmente al cielo, y se sentó como Rey a la diestra de Dios el Padre, desde donde, como único mediador entre Dios y los hombres, hace intercesión por los suyos, gracias a los méritos propios de Él.

Mt. 1:18-20, Lc. 1:35, Jn. 1:1-14, 1 Ti. 3:16, Hch. 7:26.

Sólo Cristo

1. **Cristología:** Parte de la Teología Sistemática que considera tanto a la persona de Cristo, como a la obra de Cristo. Los temas sobresalientes son: la deidad y la humanidad de Cristo; la encarnación, la humillación, la exaltación de Cristo; Sus oficios a favor del creyente.
2. Exposición.
 - 2.1. “Dios el Padre, por Su propia voluntad y por Su amor a la humanidad, envió a Su Hijo Jesucristo al mundo, a reconciliar a los pecadores con Dios.”
 - 2.1.1. Si por necesidad entendemos una exigencia propia o una obligación moral, habremos de reconocer que Cristo no tenía necesidad alguna de venir al mundo, puesto que para Dios es absolutamente prescindible tener que actuar hacia fuera de su propia intimidad como Dios.

Pero, ¿acaso no fue necesario que Jesucristo viniera a reconciliar a los pecadores con Dios? No era necesario en el sentido de que el hombre pudiera exigirlo; pero las cualidades divinas de amor, gracia y misericordia lo impulsaban de algún modo (Dn. 9:9, 1 Jn. 4:16, Tit. 3:4-7). Como explicaremos en otra sección de este manual, el hombre caído no era digno de ser salvo, pero en cierto sentido, sí era digno del Dios Misericordioso el salvar al hombre. Sin embargo, las cualidades de amor, gracia y misericordia no son las únicas que caracterizan a Dios. Él también es Justo y Santo. En efecto, la justicia divina permanecía exigiendo que se cumpliera la sanción firme y solemnemente impuesta: ¡Muerte! (Gé. 2:16-17, Ro. 6:23a). Así que, aunque Dios procuraba la salvación del pecador pero a la vez tampoco indultaba el pecado, ofreció entonces sublime solución haciendo una “misteriosa” sustitución: Que Dios mismo se hiciera responsable del pecado, para que el hombre recobrase la justicia y la santidad (2 Co. 5:21).

- 2.1.2. Que Dios el Padre “por Su propia voluntad” predeterminadamente había planeado enviar a Jesucristo al mundo, queda claro en pasajes tales como Hechos 2:22-24 y Gálatas 1.3-5. ¡Eso es amor eterno! (Cf. Jer. 31:3) Se ha llegado a decir que el versículo más famoso de la Biblia es Juan 3:16. En él notamos la magnitud del amor de Dios, la entrega máxima de Sí mismo en Cristo, para darnos salvación eterna (Cf. 3:17-18, ver también: Ro. 5:10, 2 Co. 5:17-21).

2.2. *“Jesucristo fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de una virgen. Él es Dios hecho carne, siendo verdadero Dios y verdadero hombre a la vez.”*

- 2.2.1. Comúnmente se habla del “nacimiento virginal” de Jesús, pero la expresión correcta es “la concepción virginal”. El milagro profetizado tuvo que ver con la manera como Jesús fue concebido, y no con el nacimiento en sí. La Biblia señala que María fue virgen antes de la concepción de Jesús, pero no dice que continuara siendo virgen después del parto. Los dos relatos bíblicos de la concepción virginal de Jesús son Mateo 1:18-25 y Lucas 1:26-38. Según estos relatos, Jesús nació de María sin un padre humano, habiendo sido engendrado por el Espíritu Santo. Son dignos de atención en estos pasajes los siguientes detalles: “pero antes de unirse a él” (Mt. 1:18c NVI*); la explicación del ángel “lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es” (Mt. 1:20c RVR); las palabras “y la conservó virgen hasta que dio a luz un hijo” (Mt. 1:25a LBLA); la pregunta de María misma: “¿Cómo será esto, puesto que soy virgen?” (Lc. 1:34 LBLA), y lo que el ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.” (Lc. 1:35 RVR).

- 2.2.2. Jesucristo es Dios (Jn. 20:28, Tit. 2:13, 2P. 1:1). Puesto que es Dios, Jesucristo es Eterno (Jn. 1:1, Jn. 8:58, He. 13:8). La naturaleza divina de Jesucristo no era algo que se le confirió u otorgó cuando se hizo hombre. Antes de la encarnación, Jesucristo eternamente preexistía. No podemos negar que Él es nuestro Dios Eterno, que un día se hizo carne (Jn. 1:14, 1 Jn. 4:2-3). Si no hay un Hijo Eterno, tampoco hay un Padre Eterno. Se negaría así la Trinidad.

* Siglas usadas para las versiones bíblicas: NVI para “Nueva Versión Internacional”, RVR para la “Reina-Valera Revisión de 1960”, LBLA, para “La Biblia de las Américas”.

La divinidad de Jesucristo no significa que una parte del ser de Dios reside en Cristo. Significa más bien que la plenitud de Dios mora en Cristo (Col. 1:19; 2:9). Significa que Su naturaleza es exactamente la misma de Dios el Padre, no una que sea simplemente similar o parecida. Significa también que, como único Hijo de Dios, genuinamente nos da a conocer a Dios Padre (Jn. 14:9, 1 Jn. 5:20). La divinidad de Jesucristo significa que su proposición de perdón de los pecados no es una mentira, sino verdaderamente el ofrecimiento del Dios de Gracia. La divinidad de Jesucristo significa que es el único, eterno, y singular Hijo de Dios (Jn. 1:18, He. 1:3), diferente a los seres humanos que por medio de la fe en Jesucristo son adoptados como “hijos de Dios” (Ro. 8:15-17, Gá. 4:4-7).

La divinidad de Cristo significa que el Hijo de Dios ha tomado forma humana solamente en la persona de Jesús, y que Jesús realmente es Dios-Hombre (Ro. 5:15, 1 Ti. 2:5), y por lo tanto es correcto y apropiado que los seres humanos le reconozcan como Dios-Salvador, y que los creyentes le adoren y le sirvan.

2.3. *“Jesucristo vivió una vida sin cometer pecado alguno y voluntariamente sufrió y murió crucificado como nuestro sustituto para pagar la condena de nuestros pecados. Esto satisfizo la justicia de Dios, permitiendo así la salvación de todo aquel que confía solamente en Él.”*

2.3.1. El Nuevo Testamento contiene tanto la enseñanza explícita de que Jesús no pecó, como un testimonio indirecto acerca de su carencia de pecado. Pedro dio a entender implícitamente que él, contrario a Jesús, era pecador (Lc. 5:8, Cf. Jn. 6:69). Indirectamente Jesús también mostraba su impecabilidad porque mientras enseñaba que los seres humanos deben confesarle sus pecados a Dios (Mt. 6:12, Lc. 11:4), Él nunca confesó ningún pecado propio, ni pidió perdón al Padre. Si Jesucristo hubiera cometido algún pecado, hubiera sido un impostor al denunciar la hipocresía.

Jesús preguntó directamente si había alguien que podía acusarlo de ser pecador (Jn. 8:46). Pablo, Pedro y Juan reconocieron que Jesús no cometió pecado (2 Co. 5:21, 1 P. 2:22, 1 Jn. 3:5). Santiago, Pedro y Juan lo identificaron como hombre justo (Stg. 5:6, 1 P. 3:18, 1 Jn. 2:1). El autor de Hebreos tampoco deja lugar para dudar de la impecabilidad de Jesucristo (He. 4:15, 7:27). Si Jesucristo hubiera pecado, no hubiera podido ser nuestro sustituto en la cruz, pues hubiera tenido que pagar por su propio pecado.

2.3.2. **Sustitución:** Jesucristo fue nuestro sustituto en la Cruz. La palabra sustitución no se encuentra en la Biblia, pero la idea si está claramente enseñada en Marcos 10:45, 1 Corintios 15:3, y 1 Pedro 3:18 (Cf., entre otros, Is. 53:4-12 y 1 P. 2:24).

Dios, el Soberano Juez, ha declarado una sola sentencia condenatoria para el pecador. Esta es, la muerte eterna, la separación de Dios en un lugar de tormento (Romanos 3:23). Nuestro problema es que todos somos pecadores (Romanos 3:10). Eso quiere decir que todos, sin excepción, estamos condenados. La Biblia dice que ninguna buena obra mía puede ayudarme a ser salvo (Efesios 2:9). ¿Pero por qué? Porque la condena no consiste en hacer buenas obras, sino en el estado de muerte, separado de Dios, en un lugar de tormento (Romanos 6:23).

Siendo que la condena es “muy alta”, la salvación tiene un costo semejante. La única manera de que yo sea exculpado de mi pecado, es que un inocente pague mi condena. Tiene que ser un inocente, pues de lo contrario debería pagar por sí mismo. Pues bien, para que un inocente me sustituya, tiene que pagar un precio muy alto. Tiene que pagar con su propia vida. El problema se complica porque ningún ser humano es inocente ante Dios. Sin embargo, Dios quiere que todos los hombres sean salvos (2 Pedro 3:9). Por esa razón Él manifestó Su amor por nosotros, haciéndose hombre en la persona de Jesús (Juan 3:16). Fue así como Él, siendo inocente, es decir, sin pecado, fue hasta la dolorosa muerte en la cruz. ¡Jesucristo fue el sustituto perfecto para que tú y yo pudiéramos ser salvos!

Preguntémonos entonces ahora: ¿Es fácil la salvación? ¿Es barata? ¡No, no, no! Para Jesús, mi salvación le costó vergüenza, abandono, maltrato, dolor, crucifixión, y muerte (1 Pedro 2:21-25). Todo ese sufrimiento es un precio muy alto, ¿no te parece? Ningún sacrificio nuestro sería tan alto, duro, y costoso, como para poder salvarnos a nosotros mismos de nuestra condenación (Isaías 64:6). Y "por si fuera poco", en ese momento también Dios el Padre estaba en la cruz con Cristo reconciliándonos consigo mismo (2 Corintios 5:19a). Nos damos cuenta, entonces, que lo más trascendente de la Pasión de Cristo fue el haber apaciguado la ira de Dios entregando Su propia vida inocente como ofrenda total para quitar de nosotros el pecado. Aunque sea un "misterio divino", podemos contemplar que el sufrimiento más grande de Cristo no fue haber soportado los azotes, ni la corona de espinas, ni tampoco el haber cargado el madero mismo, sino el haber tenido que soportar hacerse pecado por culpa nuestra (2 Corintios 5:21). Fue tal esa agonía, que eso explica por qué antes de sufrir golpes y clavos, su sudor ya era como grandes gotas de sangre (Lucas 22:44). Tan doloroso fue, que eso explica por qué justo antes de entregar Su Espíritu al Padre, gritó: “¿Por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46, Marcos 15:34), para citar en ese momento de angustia, la victoria sobre sus enemigos que se aseguraba en el Salmo 22. Y la respuesta de empatía de Dios el Padre para con Dios el Hijo no se hizo esperar: ¡Una oscuridad y un terremoto, cual manifestación expresiva del dolor del Padre! (Mateo 27:45 y 51)

2.4. *“Resucitó de entre los muertos, con el mismo cuerpo –pero ahora glorificado- con el cual vivió y murió. Ascendió corporalmente al cielo, y se sentó como Rey a la diestra de Dios el Padre, desde donde, como único mediador entre Dios y los hombres, hace intercesión por los suyos, gracias a los méritos propios de Él.”*

2.4.1. “Jesucristo murió... eso es historia; Jesucristo resucitó... ¡Eso es salvación!” Jesucristo murió, mas resucitó, como clara evidencia de Su divinidad; y como evidente satisfacción de Dios el Padre con respecto al sacrificio por nuestros pecados.

La resurrección de Cristo fue predicha (Mt. 12:39-40, Mr. 8:31, Mr. 9:9-10, 9:30-32, Mr. 10:32-34). Relatos de Su resurrección y posteriores apariciones están en Marcos 16:1-8, Mateo 28:1-12, y Lucas 24:1-49. (Vea también Hch. 1:3, 1 Co. 15:5-8 y 12-23, Ef. 1:10, Fil. 3:10, 1 Ts. 1:10, Ap. 1:5,18). Un tratado del “adecuado acercamiento histórico a la resurrección, la evidencia positiva para ella y una refutación categórica (a menudo usando a no creyentes) de cada teoría expuesta para desacreditar el milagro del evento histórico de la resurrección de Cristo”, es el libro “Evidencia que exige un veredicto” de Josh McDowell.

- 2.4.2. La resurrección, la ascensión, y el hecho de que Jesús esté sentado a la diestra de Dios, constituyen Su exaltación como Rey Soberano (Cf. Sal. 110). Pedro, tanto en su predicación del día de Pentecostés como en su mensaje ante el Sanedrín, procedió directamente de la resurrección a la exaltación a la diestra de Dios (Hch. 2:32-33, 5:30-31). Pablo, en su gran himno cristológico, pasó de la muerte de Jesús a su exaltación (Fil. 2:8-11); y en Romanos 8:34, de la resurrección al hecho de que Jesús está sentado a la diestra de Dios. Por consiguiente, conviene considerar la resurrección como el comienzo de la exaltación de Cristo. La exaltación de Jesús fue su coronación como Rey con “honra y gloria” (He. 2:9).

La ascensión de Jesús fue posterior a su resurrección y a las apariciones después de la misma. La ascensión de Jesús fue seguida inmediatamente por su exaltación “a la diestra de Dios”. Estar “sentado” puede dar la idea de reposo, pero estar “sentado a la diestra de Dios”, significa autoridad (Cf. Ap. 3:21), y por lo tanto, lejos de significar reposo, implica actividad. Jesús se mantiene activo desde Su trono ejerciendo Su gobierno sobre todas las cosas (Ef. 1:22) y sobre todos los seres (1 P. 3:22), hasta entregar ese gobierno al Padre (1 Co. 15:24-27). Siendo Rey, a Jesucristo debemos atribuirle el honor que corresponde a Su soberanía (1 P. 4:11, 2 P. 3:18, Ap. 5:11-13).

La exaltación a la diestra de Dios fue seguida por el derramamiento del Espíritu Santo en el día de Pentecostés (Hch. 2:33). La glorificación de Jesús debía preceder el don del Espíritu (Jn. 7:39). Por eso es que Jesús le explicó a María Magdalena que no había forma que ella o los demás discípulos pretendieran que Él se quedara *físicamente* entre ellos desde ya (Jn. 20:17), pues de lo contrario el Espíritu Santo no vendría como el Consolador que intercede por ellos, ni como el que convence al mundo de pecado (Jn. 16:7).

- 2.4.3. La exaltación a la diestra de Dios también fue seguida por la constante y perpetua intercesión de Jesús como Sumo Sacerdote a favor de los seres humanos (Ro. 8:34, He. 7:25). Esta intercesión sacerdotal es posible solamente por los oficios mismos de Cristo (He. 4:14-16). Es por esa intercesión que podemos acercarnos a Dios, “con corazón sincero y con la plena seguridad que da la fe” (He. 10:22 NVI). Además de Sumo Sacerdote, también es el “abogado defensor” de los creyentes. A estos, a pesar de cualquier pecado que cometan, Él los guía a confesarlo para que, apropiándose del perdón que Dios está dispuesto a darles, continúen conociéndolo y obedeciéndolo (1 Jn. 1:8-2:6).

3. Reflexión.

- 3.1. Nuestra cultura latinoamericana ha sido influenciada por una “imagen” de Cristo promovida por la religión tradicional. ¿Cuál es esa “imagen”? ¿En qué se diferencian el Cristo bíblico-histórico del Cristo “latinoamericano”? ¿Cuál es tu “imagen” de Jesús?
- 3.2. Con respecto a tus relaciones interpersonales, cuando hay momentos de armonía, así como cuando hay momentos de tensión, identifica cuales serían algunas áreas de tu conducta que necesitarían ser corregidas a la luz de preguntarte “¿Qué haría Jesús?”
- 3.3. Ante la gracia de Dios mostrada con el ejemplo de Cristo, piensa qué es lo que pone en evidencia que estás aprendiendo a “guardar en el corazón el genuino deseo de crecer en humildad”. ¿Has considerado en tu corazón cumplir las “condiciones del discipulado”?